

el Presbítero Don Antonio Pereira. Con licencia, en Puerto Rico. Año de 1833. (29 pgs.).

(Este folleto lo registra D. Antonio S. Pedreira en su *Bibliografía Puertorriqueña*. Madrid, 1932, p. 601. El licenciado Emilio Rodríguez Demorizi lo reprodujo, con interesantes anotaciones, en el núm. 27 de esta revista, Mayo-Junio de 1937, p. 72-79, bajo el título de *Una Oración del P. Gaspar Hernández*).

—Discurso que en acción de gracias al Todopoderoso por el feliz suceso del día 24 de marzo de 1843, en el Grito de REFORMA dado en esta ciudad, dijo en la mañana del 30 de abril del mismo año en la capilla de la MISERICORDIA, el presbítero Gaspar Hernández, cura de esta Santa Iglesia Catedral. Santo Domingo. Imprenta Nacional, año de 1843.

(Reproducido en 1884 por D. José Gabriel García en la *Revista Científica, Literaria i de Conocimientos Útiles*, Año II, núm. 11, 13 y 15, y por el

licenciado E. Rodríguez Demorizi en 1938 en el núm. 28 de esta revista, p. 109-119, y en su obra *Discursos Históricos y Literarios. C. T.*, 1947, p. 28-44).

—*La caridad en acción. Colección de artículos morales.* Santiago de Cuba, Imp. de Cazañas. 1856.

—*Lágrimas de la sociedad.* Santiago de Cuba. M. A. Martínez. 1856.

(Estas dos últimas obras figuran en A BIBLIOGRAPHY OF CUBAN BELLES-LETTRES, por Jeremiah D. M. Ford y Maxwell I. Raphael. Cambridge, Massachusetts, 1933, pág. 80).

Según pudo averiguar el Reverendo Fr. Cipriano de Utrera, (*Boletín Eclesiástico*, S. D., núm. 100, pág. 92, Julio-Agosto de 1932), el Padre Gaspar Hernández permaneció en Santiago de Cuba, huésped del arzobispo Antonio Ma. Claret, hoy elevado al honor de los altares, desde las postrimerías del año 1853 hasta las del 1856.

JUAN BAUTISTA CAMBIASO

Por JOSE GABRIEL GARCIA

No contenta la Muerte con haber escogido ya dos fechas del corriente año para dejarlas enlutadas con el fallecimiento de los próceres de la Separación Dominicana, generales Jacinto de la Concha y Juan Alejandro Acosta, ha señalado con su mano fría una más, la del 21 de junio, consignando en ella el alejamiento eterno de este mundo de otro patriota benemérito: el general JUAN BAUTISTA CAMBIASO, ilustre fundador de la marina de guerra nacional.

Dominicano este hombre bueno, por naturalización, pues era italiano de nacimiento, no sólo ayudó a crear la que debía ser su patria adoptiva y la patria legítima de sus hijos, sino que le cupo la envidiable gloria, en su calidad de marino hábil y experimen-

tado, de echar las primeras bases de la que un tiempo fué flotilla dominicana, fuerza naval que, si por sus condiciones especiales no habría servido para disputar a ninguna potencia marítima el dominio de los mares, fué suficiente para pasear con honra el pabellón cruzado por las aguas haitianas y defender nuestras costas de las cobardes acechanzas del enemigo.

Es fama que animado por el entusiasmo con que saludó la maravillosa aparición de su segunda patria, de buques mercantes inadecuados improvisó como por encanto famosos corsarios equipados con todas las reglas del arte; y que de simples patrones de barcos de cabotaje formó en poco tiempo oficiales de marina pundonorosos y valientes, que supieron man-



tener siempre en alto la dignidad de la nación: servicios importantes que habrían bastado para que la sociedad dominicana, agradecida de su generoso bienhechor, le colocara en el número de sus próceres distinguidos, pero que él quiso aumentar con otros igualmente valiosos, avaro de ser cada día más útil a la tierra en que había encontrado franca hospitalidad y afecciones sinceras como de familia.

Al mando de una de las primeras goletas que armó en guerra, La Separación Dominicana, le tocó salir inmediatamente a cruzar sobre la costa del Sur, prestando auxilios pronto y eficaces a las tropas colectivas que a las órdenes del general Santana marcharon al encuentro del numeroso ejército con que el presidente Herard invadió la provincia de Azua. En tan solemne ocasión desplegó, a más del celo y de la actividad que ya había demostrado, un valor y una serenidad a toda prueba en los momentos de peligro, sosteniendo en cambio con la goleta *María Chica*, que mandaba otro italiano de nacimiento y dominicano por naturalización, el comandante Juan Bautista Maggiolo, un combate encarnizado con algunos buques haitianos, que se hallaban fondeados en el puerto de Tortuguero, y las tropas que, atrincheradas y al abrigo de gruesa artillería, estaban acampadas en la playa.

Este lance marítimo estuvo a punto de ser fatal para las armas dominicanas, pues, a consecuencia de estar el viento un poco flojo, se abordaron los dos buques en una maniobra encontrada que hicieron, quedando por largo rato en peligro de haber sido batidos por los del enemigo; pero, merced a la decisión de las tripulaciones respectivas y a la entereza y habilidad puestas en juego por sus comandantes, la dificultad quedó a la postre vencida y ambas velas pudieron salir airosas y hacer rumbo a Las Calderas, no sin haber hecho antes barar a una de las embarcaciones contrarias y ocasionado mucho daño a las fuerzas que se batían desde tierra.

Y no fué éste el único hecho importante que realizó entonces el intrépido marino, pues cuando después de reparados los buques de las averías que mutuamente se hicieron en el inesperado encuentro, volvieron a zarpar de Las Calderas para cruzar otra vez sobre la misma costa, tuvo ocasión de dar caza a una goleta enemiga, que menos velera al parecer que sus perseguidoras, cayó en poder de *La María Chica*, que fué la que la hizo buena presa, sirviéndole este barco al gobierno para pagar a su dueño la goleta *María Luisa*, primer corsario que levó anclas en Santo Domingo con rumbo a Azua, al mando del comandante

Simón Corso, pero que viéndose perseguido por fuerzas enemigas superiores, tuvo que embarrancar en las costas de Baní, salvándose milagrosamente la tripulación, pero no el casco del buque ni la artillería, que fueron prontamente ocupados por la escuadrilla haitiana.

Terminada la campaña de 1844 con el golpe de estado que el 12 de julio dió Santana a la cabeza de las tropas que mandaba en el Sur, declarando disuelta la Junta Central Gubernativa y proclamándose Jefe Supremo de la Nación en nombre del pueblo y del ejército, vióse el coronel Cambiaso en el duro caso de desempeñar una comisión dolorosa: la de trasportarse a Puerto Plata con su buque para conducir en condición de preso al Homenaje de la capital, ese testigo mudo de los crímenes más inauditos, al caudillo de la causa nacional general Juan Pablo Duarte, que proclamado presidente de la República en el Cibao, hubo de sufrir la tenaz persecución a que le condenó implacable, lo mismo que a todos sus compañeros de gloria, el elemento reaccionario que acababa de adueñarse de los destinos del país. El iniciador de la idea separatista, privado de la libertad de que había dotado a sus conciudadanos, precisamente a bordo del buque destinado a conmemorar el triunfo de su obra: *La Separación dominicana!* Qué iniquidad! Qué horror! Esto no obstante, justo es confesar que Cambiaso, que no era responsable del hecho, ni estaba en sus manos poderlo evitar se condujo como un caballero con la ilustre víctima y contribuyó con todo lo que de él dependía a hacerle menos amarga la suerte que le había deparado el destino, rasgo noble y generoso, propio sólo de los hombres de alma grande y de corazón bien puesto!

Desde entonces el coronel Cambiaso, que fué nombrado jefe de las fuerzas navales de la República, se ocupó tanto cuanto se lo permitía la actividad del servicio de aquellos tiempos de patriotismo y desinterés verdaderamente ejemplares, en darle organización y disciplina al personal que constituía el cuerpo de la marina, y en mejorar junto con su segundo, el comandante Juan Alejandro Acosta, las condiciones marineras de los buques de guerra que el gobierno iba adquiriendo; de suerte que cuando la invasión de 1845 primero, y la malograda expedición sobre Puerto Plata que naufragó en Maluis después, hicieron necesaria la vigilancia de las costas del Norte, pudo hacer el crucero de entonces y amenazar el puerto de Fort Liberté, sobre el cual hizo algunos disparos, al mando de una escuadra de respeto, compuesta de la fragata Cibao, que arbolaba la corneta como buque de mayor porte, de los bergantines San



José y Libertad, y de las goletas Separación Dominicana, General Santana, 27 de febrero, Nuestra Señora de las Mercedes y algunos buques más tomados en requisición, tenido a sus órdenes una pléyade de oficiales desinteresados y patriotas en que sobresalían Juan Alejandro Acosta, Simeón Vicioso, Joaquín e Ildefonso Orta, José Antonio Sanabia, Ramón Solís, José Hechavarría, Juan Luis Duquela, Ramón González, José Naar, Julián Read, León Glas, Simón Corso, y otros más que sería prolijo recordar.

Despejada la situación crítica de 1845 y 1846, al extremo de dar lugar para poner en carena la flotilla sin necesidad de dejar envergados sino los buques indispensables para las necesidades del servicio ordinario, se entregó el general Cambiaso a sus faenas particulares, sin perjuicio, por supuesto, del despacho de los asuntos que se relacionaban con sus altas funciones administrativas, hasta que la invasión verificada por Soulouque en 1849 le obligó a salir a la mar con los buques que estaban en condición de quedar bien equipados. Al mando de seis de ellos, la fragata Cibao, el bergantín 27 de febrero y las goletas Separación Dominicana, General Santana, La Constitución y Nuestra Señora de las Mercedes, hizo el laborioso cruceo de entonces, prestando servicios importantísimos al ejército, que derrotado unas veces y vencedor otras, no se vió nunca desamparado por la escuadra que, por honra y gloria de la causa nacional, se mantuvo dueña absoluta de las aguas e hizo imposible la aproximación de las naves enemigas a nuestras costas y el paso por Playa Grande de las hordas invasoras.

Decidido al fin el éxito de la funesta invasión en contra de las armas haitianas con el triunfo de las tropas dominicanas en El Número y Las Carreras y la persecución del enemigo hasta la línea fronteriza, no tardó el general Santana en llevar a cabo su alzamiento contra el gobierno ya desacreditado de Jiménez; y el coronel Cambiaso, que a la sazón se hallaba en la Bahía de Ocoa, se adhirió al movimiento el 10 de mayo con los buques que tenía bajo su mando, recibiendo inmediatamente la orden de bloquear el puerto de Santo Domingo, que mantuvo incomunicado por el mar hasta el día 29, en que celebrada con intervención del cuerpo diplomático la célebre capitulación de Güibía, quedó terminada la fratricida lucha con el triunfo de Santana y el embarque para el extranjero del caído gobernante y sus hombres principales.

La paz que durante algunos años disfrutó desde entonces el país, al abrigo del armisticio alcanzado

por la mediación de algunas potencias extranjeras, permitió al ya general Cambiaso descansar en el hogar doméstico de las faenas del servicio y atender con desahogo a los asuntos mercantiles en que empleaba el tiempo que le quedaba franco; si bien dispuesto siempre a desempeñar las comisiones que con frecuencia solía el gobierno encomendarle, como lo probó haciéndose cargo de llevar personalmente a Curazao al ciudadano Manuel Joaquín del Monte, nombrado en 1853 plenipotenciario de la República para celebrar un tratado de amistad y comercio con el Reino de Holanda, teniendo esta circunstancia, de notable, que equipó para el viaje la barca de guerra Cibao, con tanto esmero y habilidad tanta, que tuvo la honra de merecer las más cordiales felicitaciones de parte del jefe de la estación naval de las antillas holandesas, que no se cansó de admirar el aseo, el orden y la disciplina que reinaba a bordo, ni de aplaudir el interés que nuestro almirante se tomaba por la honra de la marina nacional.

Empero, llegaron los últimos meses del año 1855, y la segunda invasión de Soulouque le llamó de nuevo a las armas, y abandonándolo todo para ocuparse en salvar la patria adoptiva, preparó la flotilla a la carrera y se hizo a la mar con las barcas Cibao, Congreso, y Libertador, el bergantín 27 de febrero y las goletas General Santana, 19 de marzo y Nuestra Señora de las Mercedes, resuelto, como siempre, a cumplir con su deber haciendo respetar las aguas y las costas dominicanas. Entre los servicios de aguilata-do valor que prestó esta vez se cuenta el que se relaciona con la toma de Barahona, que abandonada inesperadamente por el coronel Bernabé Polanco, sin esperar siquiera el primer tiro del enemigo, fué necesario recuperarla en seguida, a lo que contribuyó eficazmente Cambiaso tomando en Azua las tropas destinadas para la operación a las órdenes del coronel Pedro Valverde, y apoyándolas con la artillería de sus buques hasta ponerlas en tierra y dejarlas dueñas de la plaza abandonada, después de lo cual las fué protegiendo por toda la costa hasta Riosito, en la jurisdicción de Enriquillo, donde habiendo desembarcado para ponerse de acuerdo con el jefe de la columna, se encontró por casualidad el 6 de Enero de 1856 en la acción de El Can, en la que tomó parte personalmente, batiéndose al lado de soldados del calibre de Matías de Vargas, Antonino de Aza y otros oficiales de nombradía.

Concluida la memorable campaña comenzada a fines de 1855 en los primeros meses de 1856, y consolidada la independencia una vez más con las batallas de Cambronal, Santomé y Sabana Larga, se reti-



ró de nuevo al hogar y se concretó exclusivamente a los asuntos de la casa de comercio que tenía establecida, hasta que disgustado por el carácter de los sucesos políticos que tuvieron lugar para ese tiempo, se decidió, aunque con pena, a dejar el mando de la flotilla para hacerse cargo del consulado de su patria originaria, que le ofreció el gobierno de Turín, después de efectuarse el canje del tratado de amistad, comercio y navegación celebrado el 22 de marzo de 1854 entre el señor José Fontana, en representación de la República Dominicana, y el caballero José Dabormida, en representación de S. M. el Rey de Cerdeña. Pero no porque fuera cónsul dejó de considerarse dominicano, pues lo era de sentimientos, ni de seguir prestando los servicios que podía a su patria adoptiva, siendo el más importante de todos el que espontáneamente hizo a la causa de la Restauración en 1865, en los momentos del abandono de los españoles, interviniendo en la realización del canje de los

prisioneros hechos en Puerto Plata bajo sus auspicios, y tomándose empeño en aliviar la suerte de los rehenes que hizo el general Gándara a última hora, sobre todo la de las señoras y señoritas que tuvieron la mala suerte de contarse en el número de ellos.

De entonces acá su vida fué un modelo de laboriosidad y de constancia, porque ya en Europa, su suelo natal, ya en América, su segunda patria, bien como cónsul, o bien como particular, no dejó nunca de comer el pan amasado con el sudor de su frente, ni de poner en práctica las virtudes que le adornaban, entre las cuales sobresalían su caridad sin límites y su amor a la familia. Por eso su muerte ha sido generalmente sentida y su nombre pasará a la posteridad ornado por una aureola de gloria y bendecido por la gratitud de un pueblo que reconoce deberle parte de la independencia de que disfruta.

Julio 9 de 1886.

Aparece un retrato de Tirso de Molina en Santo Domingo

Por fray MANUEL PENEDO REY, mercedario.

El tercer centenario del fallecimiento del insigne dramaturgo fray Gabriel Téllez (1648-1948) ha sido de los más favorecidos en adquisiciones biográficas y literarias de valor definitivo. Algunas presenta la revista "Estudios" en el volumen de 1949 a él consagrado, cuyas primicias ofrece ARRIBA a eruditos y aficionados.

(1) Este interesante reportaje fué publicado en el diario español ARRIBA, Madrid 1º de noviembre de 1949, y nos ha sido gentilmente facilitado para su reproducción en esta revista por el licenciado D. Luis Florén, catedrático de la Facultad de Filosofía y director de la Biblioteca de la Universidad de Santo Domingo. CLIO publicó en su edición núm. 81, Enero-Junio de 1948, unos apuntes bibliográficos relativos a *Tirso de Molina en Santo Domingo*, y el *Boletín del Archivo General de la Nación*, en su edición núm. 57, Abril-Junio de 1948, un notable estudio acerca de *El viaje de Tirso a Santo Domingo y la génesis del "Don Juan"*, debido a la pluma de la insigne escritora española doña Blanca de los Ríos de Lampérez, cuya vida de trabajo y estudio, de investigación y creación, se ha dedicado de una manera absoluta a la figura vital y literaria de Tirso, hasta conseguir esa ingente obra, plena de erudición activa, que es como decir, afirma Pedreña, de creación literaria, de atisbo poético y de sentido crítico, con la que ha logrado ponernos al día en cuanto a la vida y a la obra de Fray Gabriel Téllez se refiere.— (V. A. D.)

Un nuevo retrato del famoso mercedario acaba de ser descubierto en Santo Domingo. ¿Recuerdo de su paso por la "Isla Española", donde "*Fray Gabriel Téllez, predicador y letor, de edad de treynta y tres años, frente elebada, barbinegro*", convivió, con prestigio de orador, teólogo, comediógrafo y poeta, desde 1616 a 1618? Lo discutiremos al fin. Antes, los pocos detalles del sensacional hallazgo.

Al P. Gumersindo Placer, afortunado compañero de investigación, debemos el saber de este inapreciable tesoro, que viene a ennoblecer la historia de la iconografía española. Su artículo reciente "Un nuevo retrato de Tirso" contiene las circunstancias, con una buena reproducción fotográfica. Llegó a su noticia la existencia no sospechada del cuadro allá en Ultramar por medio de sus actuales poseedoras, las Hermanas Mercedarias de la Caridad, que ejercen el más noble apostolado en la lejana Antilla desde 1910. Al sobrevenir la extinción de los Regulares fué su depositaria la iglesia de la Merced de Ciudad Trujillo, hoy regentada por capuchinos. Actualmente para en

